
Freud tenía razón

Ana Martos



En el siglo XIX, después de interminables períodos de debates y querellas, los científicos se pusieron de acuerdo. Las filosofías críticas, positivas y pragmáticas sometieron la ciencia al experimento y llevaron la medicina al laboratorio. Después de desmitificar todo lo desmitificable, Engels había llegado a decir que la filosofía mental no se podría considerar una ciencia mientras no entrara también en el laboratorio. Un científico alemán, Wilhem Wundt, recogió el guante y la convirtió en una ciencia experimental dedicada al estudio de estímulos y respuestas, señalando que el alma no es asunto del que se ocupe la ciencia, y adhiriendo la psicología a la fisiología.

LA TERCERA PUÑALADA

Había costado siglos y siglos de estudiar, de analizar, de enfrentarse a hechos considerados inamovibles, de lidiar con la religión, con la superstición, con la tradición, con el pensamiento mágico y con el inmovilismo; pero se había conseguido.

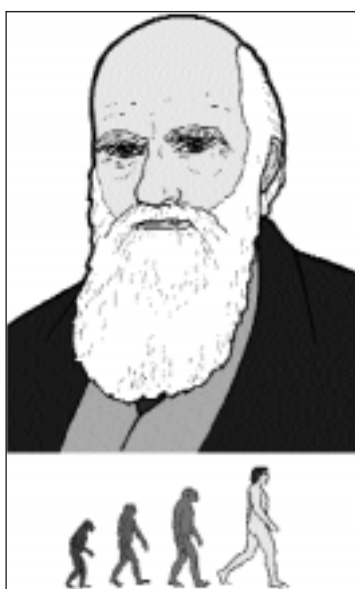
Unos con criterios evolutivos, otros con criterios fenomenológicos, pero todos, más o menos, habían coincidido en que las enfermedades psíquicas se debían abordar con tratamientos empíricos como la psicocirugía, los electrochoques o la terapia insulínica, junto con algún tratamiento moral. Entrando en el siglo XX, los franceses con Paul Broca al frente, los alemanes con Karl Wernicke en cabeza y los rusos con Pavlov, Vigotski y Bechterev en primera fila, consolidaron la psiquiatría científica con la filosofía materialista y las ciencias de la naturaleza. El reduccionismo, el mecanicismo cuantitativo y los métodos empíricos triunfaron en el mundo occidental, después de tantos siglos de oscurantismo, superstición y magia.

Entonces llegó Freud y asestó al egocentrismo humano la tercera puñalada de la Historia.

La primera la había asestado Galileo, mejor dicho, entre Copérnico y él, por más que Aristarco lo hubiera

advertido muchos siglos antes. No somos el ombligo del universo. Nuestro hogar, la Tierra, no es el eje central en torno al cual giran los restantes cuerpos celestes. Ni hablar. Nos asentamos sobre un pedrusco invisible en la inmensidad sideral. Tan invisible e inapreciable que las historias de visitas extraterrestres no son más que antropocentrismo residual.

La segunda la asestó Darwin unos siglos después. No estamos hechos a imagen y semejanza de un demiurgo. No somos producto de una mano divina. Ni hablar. Somos el resultado de una evolución lenta pero impararable que viene de antiguo y procede de lo más humilde de la naturaleza. Más humilde que un gusano, aunque también descendamos de él. Y tampoco estamos seguros de que nuestra evolución se haya completado, porque somos tan imperfectos que las historias de seres del futuro de enorme cerebro e inteligencia superior no son más que delirios de grandeza residuales.



La de Freud tuvo tanta oposición y controversia como las dos anteriores, por más que Platón lo había avanzado ya bastante siglos atrás. No somos dueños de nuestros actos. Nuestra voluntad no obedece a nuestra mente privilegiada. Ni hablar. Estamos a merced de instancias ingobernables e incluso incognoscibles que ni siquiera tienen procedencia sobrenatural, sino que están ahí dentro, en algún lugar ignoto de nuestra mente. Estamos mucho más desamparados frente a nosotros mismos que los animales frente a la naturaleza. Al menos, ellos cuentan con un bagaje instintivo completo que cubre todas sus actuaciones,

mientras que nosotros, desde pequeñitos, somos ya perversos polimorfos, dependientes y dominantes.

LA CONTROVERSIDA

El inconsciente, el consciente, el ello, el superyó, el yo, la libido, el incesto, la represión, el trauma, son algunos de los conceptos metafísicos que Freud introdujo frente a los conceptos empíricos de la época. Las asociaciones libres, las defensas, las imagos, la transferencia, la interpretación, los sueños, la hipnosis, son algunos de los métodos terapéuticos que Freud introdujo frente a los electrochoques, la terapia insulínica o la psicocirugía.

La psicoterapia profunda del Psicoanálisis, que examina el inconsciente, interpreta sus contenidos y libera las represiones, se tuvo que enfrentar a las terapias conductistas que no pierden de vista el conocimiento consciente y que modifican la conducta inadecuada modificando el significado cognitivo y emocional de las cosas. Mientras el Psicoanálisis busca las causas del conflicto en contenidos inconscientes reprimidos desde la niñez, las terapias de la conducta buscan modificar la respuesta del organismo a la situación conflictiva, sin indagar motivos soterrados ni remontarse a situaciones oscuras relegadas en el tiempo a un rincón oculto y olvidado.

Si esta diferencia se entiende mejor con un ejemplo, hay uno muy claro. Si un paciente acude a un conductista para curar su fobia a las serpientes, el conductista le aplicará un tratamiento que transforme en indiferencia el sentimiento de horror que la serpiente le produce. Le llevará poco a poco a acostumbrarse a la vista y luego a la proximidad de las serpientes, enseñándole a controlar su ansiedad e introduciendo en su mente la idea nueva de serpiente inofensiva. Si ese mismo paciente acude a un psicoanalista, el tratamiento irá encaminado a descubrir las asociaciones inconscientes que el paciente ha establecido desde antiguo y que le inducen a depositar en la serpiente el mismo temor que, de niño, depositó en un objeto similar, probablemente, el pene; un pene amenazante de alguien poderoso o una amenaza de castración hacia su propio pene. Y no será suficiente con que el paciente verbalice esa asociación, sino que deberá experimentar de nuevo el terror infantil reprimido frente al verdadero objeto, que es el pene, para hacerlo aflorar a la conciencia, someterlo al tiempo y descomprimir la emoción concomitante. Grosso modo, ésas podrían ser las diferencias.

Por eso, muchos partidarios de la psicología conductista han llamado “poceros” a los psicoanalistas que practican la “psicoterapia profunda.” Muchos partidarios de la psicología de la comprensión y la sociología del conocimiento han incluido al Psicoanálisis entre las pseudociencias, porque sus productos no pasan por las instancias de validación que caracterizan a la ciencia. Hoy se pueden encontrar fácilmente opiniones que incluyen al Psicoanálisis dentro del mismo montón de pseudociencias que la alquimia, la astrología, el creacionismo científico, la grafología, la parapsicología y la ovnilogía.

Recuerdo haber asistido a un debate entre un psicoanalista y un sacerdote, que discutían cuál de los dos tenía mayor capacidad para el pensamiento mágico.

EL CAMINO DE LA CIENCIA

La historia de las enfermedades mentales y de su abordaje es la historia de los vaivenes del pensamiento humano. Una secuencia de etapas que alternan creencias, ideas, tendencias, modas, teorías y doctrinas que giran en torno al cuerpo y al espíritu, principalmente en lo que a la esencia de ese espíritu se refiere.

La Medicina, la Filosofía y las ciencias no han tratado de negar la existencia del alma, sino que han debatido su esencia, su función e, incluso, su ubicación en el cuerpo humano, cosa importantísima para saber qué es lo que había que tratar y con qué medios, porque no es lo mismo aplicar una medicación a una parte del soma tangible para remediar una dolencia mensurable, que disponer un tratamiento místico para curar un mal metafísico.

Por eso, cada etapa de la Historia ha sido testigo de discusiones, pugnas y querellas entre distintas corrientes que consideraban o bien que el alma se asienta en algún lugar del cuerpo y puede tratarse a través de él, o bien que es un ente intangible que sólo se puede abordar con rituales, oración y medios místicos. Naturalmente, cada doctrina imperante ha tenido siempre sus disidentes, sus detractores, sus seguidores y sus fanáticos.

En su largo camino a través de los siglos, la Medicina y la Filosofía han tratado de comprender las causas y las razones de la locura y de las perturbaciones del espíritu humano, hasta completar los tres estadios que, según el Positivismo, han de recorrer las ciencias:

1. Estadio teológico o ficticio. En esta etapa, los fenómenos se imputan a agentes sobrenaturales. La locura tiene que ver con dioses o demonios.

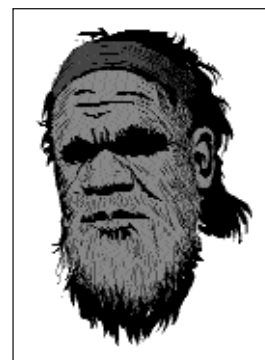
2. Estadio metafísico o abstracto. En esta etapa, los agentes sobrenaturales se reemplazan por entidades abstractas. La locura tiene que ver con desequilibrios y trastornos en humores, fluidos y vapores
3. Estadio positivista. Las entidades abstractas son reemplazadas por leyes válidas. La locura tiene que ver con un neurotransmisor o con un marcador genético.

LA PSIQUIATRÍA TEÚRGICA

Podría decirse que la ciencia que trata las dolencias del alma llegó al tercer estadio en el siglo XIX, cuando Reil acuñó el término “psychiaterie”, que significa medicina del alma, pero la verdad es que todavía le queda mucho que andar, a juzgar por la velocidad con que se van produciendo nuevos y sorprendentes descubrimientos. Además, según el mito del progreso indefinido, el desarrollo científico avanza y no puede volver atrás, aunque algunos escépticos hayan postulado lo contrario.

La Medicina ha caminado siempre de la mano de la religión. Todas las culturas han tenido y siguen teniendo su dios sanador, llámese Anubis, Apolo o Virgen de Lourdes.

La primera medicina que conocemos es el chamanismo. El chamán es el sanador espiritual, porque, en los primeros tiempos de la historia, las enfermedades tuvieron origen místico. La etnopsiquiatría y la protopsiquiatría están repletas de descripciones de enfermedades mentales que se curan mediante la invocación a un dios y con la intervención de un sanador espiritual, un chamán capaz de recuperar el alma doliente del enfermo, yendo a buscarla al país de las sombras para disputársela al dios que la ha hecho prisionera.



¿Acaso no descendió Orfeo a los infiernos para disputar a Hades a su amada Eurídice? Los mitos se han creado para explicar las verdades eternas. El chamán, como cualquiera que trate de sanar el alma humana, no tiene más remedio que asomarse a la sima de todas las oscuridades y rescatar luego el alma encadenada al mal.

Los sumerios, los babilonios y la misma Biblia imputan las causas de las enfermedades mentales a demonios malintencionados. Endemoniados, posesos y energúmenos se curan mediante el exorcismo, que invoca el nombre de un dios bienhechor para liberar al enfermo de la presencia de un demonio o dios malhechor.

Afortunadamente, junto a los tratamientos con rituales que requieren la intervención divina, encontramos una farmacopea bien provista de hierbas medicinales, algunas de las cuales siguen hoy siendo efectivas.

LA PSIQUIATRÍA HUMORAL

Entre los griegos, hasta el siglo V antes de nuestra Era, todo estaba lleno de dioses y la medicina se practicaba en los templos de Asklepios. La depresión y la angustia fueron efecto de la cólera de los dioses, hasta que llegaron los revolucionarios de la tecnología. Primero, los filósofos: Alcmeón, Empédocles, Demócrito y Leucipo; luego, el médico, Hipócrates de Cos. Entre todos, sacaron la medicina del templo y la metieron en casa del médico. Y sustituyeron el origen divino de la locura por otro mucho más humano: el cerebro y los humores. La medicina entendió al hombre como una unidad psicosomática cuya salud o enfermedad dependen del equilibrio entre cuatro humores que caracterizan su temperamento: sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema. La depresión dejó de ser efecto de la cólera de los dioses para ser causada por un exceso de bilis negra.

Luego vino Platón a plantear por primera vez la inmaterialidad y la inmortalidad del alma y a señalar que, igual que la gimnasia y la dieta limpian las impurezas del cuerpo, la catarsis verbal y la palabra eficaz limpian las impurezas del alma, poniendo la primera piedra para la terapia psicológica, frente al tratamiento único de la medicina, que curaba el alma a través del cuerpo.

Naturalmente que la terapia que prevaleció y que se siguió aplicando fue la que había de restablecer el

equilibrio humoral, a base de dietas, baños, evacuan-tes, ventosas, sangrías, eméticos, diuréticos, purgantes, masajes, paseos e hidroterapia.



Luego llegaron los romanos, que aportaron una novedad al tratamiento: los medicamentos de origen animal. El Codex Vindobonensis, que se redactó en la Escuela de Alejandría hacia el año 200, incluye terapias tan curiosas como la carne de león cocida para las alucinaciones, el testículo de liebre tostado para la enuresis y las fricciones con estiércol de elefante para los tumores.

La Medicina clásica sobrevivió al paso de los siglos con sus conceptos y tratamientos, a los que cada cultura fue agregando nuevas aportaciones. Pero la figura médica por excelencia es la de Galeno, que sumó a los hallazgos de Hipócrates la sabiduría de Aristóteles, y cuyas definiciones, prescripciones y tratamientos se han venido utilizando hasta bien entrado el siglo XIX.

LA PSIQUIATRÍA MIXTA

En el siglo VIII, el mundo árabe devolvió a la Europa astrosa e inculta asolada por los bárbaros los conocimientos clásicos conservados en las escuelas cristianas de la Persia sasánida, reunidos con los saberes orientales de la India, China y Japón. Al conjunto agregaron su propio ingrediente: la medicina mental del Profeta, que trataba la locura con ventosas, perfumes, sahumeros y placeres carnales. A la medicina mental islámica se sumaron las aportaciones judías de la época y, así, Maimónides, Averroes y Avicena vinieron a prescribir un nuevo tratamiento para la bilis negra que causa melancolía y angustia: el coito. El coito expulsa los pensamientos obsesivos, domina la cólera,

disuelve los vapores espermáticos acumulados en el cerebro y libera al hombre de la melancolía y del duelo.

La satisfacción sexual del hombre y de la mujer son la piedra de toque de la nueva medicina, adelantándose a la orgonterapia que Wilhem Reich puso en marcha en el siglo XX, entre grandes controversias y escándalos y que recogió en “La función del orgasmo”.

Los médicos medievales, musulmanes, judíos o cristianos, incluidos los médicos religiosos como san Alberto Magno, aconsejaron el coito a los hombres, el matrimonio a las mujeres y la masturbación a las monjas y viudas, distinguiendo la mano que cura de la mano que mancha, para el tratamiento de la enfermedad femenina por excelencia: la histeria.

En la Edad Media, las enfermedades mentales eran alteraciones de las tres potencias del alma, situadas en tres ventrículos cerebrales: fantasía, entendimiento y memoria. Claro que enfermedades mentales se consideraban lo que hoy llamamos neurosis o complejos, porque los verdaderos enfermos, los psicóticos, volvieron a ser endemoniados y se les aplicaron torturas corporales para librarlos de los diablos.

En la Edad Media convivieron la superstición y la hechicería con la ciencia, pero no de cualquier manera, sino con una lógica paralela a nuestra lógica actual. El desequilibrio humoral traía consigo la posesión diabólica, porque el diablo aprovechaba la debilidad para asentarse en el organismo enfermo. Los tratamientos incluían hierbas, dietas, sangrías, ventosas, píldoras, jarabes, cataplasmas y cauterios.

Al llegar el Renacimiento, la ciencia de los clásicos había quedado adaptada a la doctrina cristiana por obra de la Escolástica y la ciencia resultante recibió dos herencias. Por un lado, el pensamiento humanista inició las disidencias y las críticas a Galeno y a Aristóteles, para primar la observación de la naturaleza; por otro lado, la irracionalidad medieval quedó adherida al pensamiento renacentista y proliferaron las doctrinas místicas como el hermetismo de Paracelso, así como los tratados de enfermedades típicas de la época, como el ajoamiento, que se curaba y prevenía con un curioso ritual consistente en atarse los pulgares y saltar tres veces antes de salir de casa.



A las pócimas, sahumeros y aromas, se añadieron las jaculatorias y amuletos. A los remedios naturales de plantas medicinales se añadieron las tinturas de la Alquimia y los remedios humanos, como los polvos de momia y la raspadura de calavera. Pero no vayamos a creer que eran tan ingenuos como para tratar una enfermedad mental cualquiera con raspaduras de cualquier calavera disueltas en agua o en vino. Para tratar, por ejemplo, las convulsiones de la histeria o de la epilepsia, era preciso que la raspadura procediese de la calavera de un ahorcado no enterrado en tierra sagrada. Se trataba de contrarrestar la violencia con la violencia. Todo tenía su lógica.

Todos los médicos renacentistas creyeron en la existencia de los demonios, incluso hubo uno, considerado racionalista, Johannes Weyer, que reconoció la existencia exactamente de 7.409.127 demonios. Eso sí, sabiendo que el demonio que influye en la mente no puede alterar el cuerpo, sino el alma. Por eso, junto con obras tan científicas como los “Diálogos” de Luis Vives, llegaron a venderse 19 ediciones del “Martillo de las Brujas,” en una época en que pocos sabían leer.

El Renacimiento retomó la fascinación de los romanos por los venenos y contravenenos. Se recuperaron viejas fórmulas de Mitridates y del médico de Nerón, y se perfeccionó el más famoso de los contravenenos, la triaca, con tantas aportaciones y complejidades, que llegó a contener más de 157 sustancias. Su preparación era tan peligrosa que, en ciudades como Pisa y Florencia, era obligatorio elaborarla en público en una ceremonia en que participaban médicos y farmacéuticos, en presencia de las autoridades. Solamente se podía vender con autorización del cónsul.

La medicina humanista describe la locura como una depravación del funcionamiento de la facultad principal del alma que reside en la sustancia del cerebro, asiento de todas las facultades. El delirio, siguiendo la teoría humoral, se trata de un humor caliente y áspero que se agita en el cerebro e induce a concebir ideas fantásticas.

Paracelso consiguió quitar protagonismo al demonio en la génesis de la locura, para dárselo a la luna. Introdujo la química y la mineralogía en el tratamiento que se componía de achicoria, alcanfor, eléboro, mandrágora, opio y polvo de unicornio.

Uno de los tratamientos más extendidos era un ritual que consistía en arrodillarse antes de salir el sol y pronunciar tres veces la palabra “tetragrámaton”. Tetra-

grámaton es una palabra de cuatro letras que equivale al nombre de Dios en hebreo. Por cierto, para que surtiera efecto, era preciso postrarse ante una imagen de san Juan Bautista.

Y, si la Edad Media envió a los locos al banquillo de la Inquisición, el Renacimiento los arrojó lejos de las ciudades. Durante años, la Nave de los Locos recorrió, como un buque fantasma, el Rin y los canales flamencos, recogiendo desgraciados que eran expulsados a pedradas de las ciudades de Alemania y Holanda.

Pasó el tiempo y llegó la Revolución Científica del XVII, que optó por el conocimiento vivo, dejando a un lado el saber petrificado de toda la vida. La locura salió del área de la Medicina, porque se consideró incurable y en comunicación directa con los elementos cósmicos repartidos en los secretos de la naturaleza. Los enfermos mentales dejaron de ir a la hoguera acusados de hechicería porque a algunos países se les ocurrió emitir decretos prohibiendo semejante barbaridad. No en vano, el mundo caminaba hacia la Ilustración.

En el Barroco, los psicóticos siguieron siendo endemoniados, pero los neuróticos empezaron a acudir a los consultorios médicos.

A pesar de los avances y del pensamiento crítico en la ciencia, las teorías de Galeno seguían en boga. Los espíritus vitales y los espíritus animales fluían por el organismo y se difundían a partir de los plexos por la sustancia del cerebro y por los ventrículos cerebrales, de donde se distribuían a todo el cuerpo. Y, claro, los espasmos de los espíritus animales producían ataques histéricos en las mujeres e hipocondría en los hombres, que se trataban con la medicina mixta heredada del Renacimiento: ventosas, sangrías, bebedizos, polvo de momia, cuerno de unicornio, raspadura de calavera, gemas para el humor melancólico, olor de cabellos quemados para los vapores, orina humana para los vapores histéricos, leche de mujer...



Por entonces se inició una teoría dualista que señalaba la interacción del cuerpo y el alma, entendiendo que las pasiones no controladas producían alteraciones físicas y mentales y que los factores emocionales podían causar enfermedades psicosomáticas.

Y llegó la Ilustración con el materialismo a cuestas, que consideraba lo psíquico como un epifenómeno de lo corporal, incapaz de ejercer efecto sobre la materia.

Es decir, todo lo contrario a la teoría dualista del siglo anterior. Para el materialismo, el pensamiento es una secreción del cerebro como la bilis es una secreción del hígado.

Para llevar la contraria, surgió, como no podía ser menos, el espiritualismo, para quien lo material sólo era una forma de manifestación de lo espiritual. Surgió el animismo, que considera ánima a un principio que engendra y conserva la vida del organismo. Así, las enfermedades mentales podían tener un origen anímico u orgánico.

Surgió también el vitalismo, que considera la existencia de una fuerza vital que anima a los seres vivos y los diferencia de los inanimados.

La medicina ilustrada llegó más lejos en su comprensión al entender que la sensibilidad y la irritabilidad, las sensaciones y los movimientos, eran funciones del sistema nervioso. Por tanto, las enfermedades ya llamadas nerviosas, eran estados de irritación y de movilidad excesiva o de sensibilidad exacerbada de las fibras nerviosas.

Para conocer los tratamientos ilustrados no hay más que leer "El enfermo imaginario," de Molière, que se mofa de las sangrías y las purgas y describe los medicamentos naturales, la aportación de la Ilustración a la terapéutica. Se trataba de medicamentos que contaban con un principio que escondiera la naturaleza, como agua, éter, aire o electricidad, la bomba del XVIII.

La aportación terapéutica más espectacular de la época se debe a Mesmer, un médico alemán que producía el trance hipnótico con magnetos colocadas en los pies y en el vientre del enfermo. La hipnosis es un tratamiento que cura por sugestión y se ha venido aplicando desde el principio de los tiempos, pero nadie lo ha hecho ni lo hará con tanto sentido del histrionismo como Mesmer. Su método contaba con una bañera llena de agua y repleta de ingredientes magnéticos, como vidrios, piedras, arena y tubos de hierro, con la que los pacientes entraban en conexión mediante tubos de metal.

El mundo se pobló de hipnotizadores de cuyas manos emanaban fluidos etéreos, éteres nerviosos y fuerzas telúricas o sidéricas para curar a los enfermos. Todavía se puede ver algún ejemplar en nuestros circos y teatros.

Pero el siglo XVIII hizo un descubrimiento mucho más importante que la electricidad. Ya en sus últimos

años, la locura dejó de asociarse a la bestialidad, como venían haciendo los siglos anteriores, y se integró en la humanidad, iniciándose el concepto de mente enferma. Los locos dejaron de constituir un peligro para el orden público y hubo médicos, como Pierre Cabanis, que prescribieron un tratamiento moral para las enfermedades psíquicas o psicosomáticas. Lo más importante de este suceso es que el tratamiento moral entendió, por fin, que la insania era una enfermedad. Así lo explica Voltaire en su "Diccionario Filosófico."

El siglo XVIII libró la batalla definitiva contra el oscurantismo y la superstición, a pesar de que, con el cuento del hipnotismo, hubo numerosos charlatanes que continuaron con la magia y el exorcismo. Por cierto, parece que estuvieron bastante ocupados con la histeria colectiva de abadías de monjas completas. Pero, para los médicos, las enfermedades como la histeria y la hipocondría eran debidas a perturbaciones simpáticas que producían estados de alerta general del sistema nervioso, que lo hacían susceptible a grados exagerados de sensibilidad, pero no abrían la puerta a los demonios.

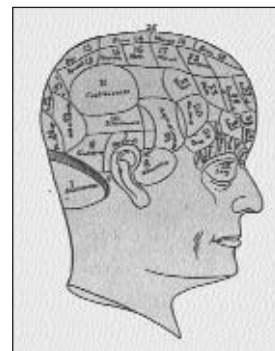
Uno de los médicos más notables de la época fue Andrés Piquer, médico de cámara de nuestro Fernando VI, enfermo crónico de melancolía erótica.

LA PSIQUIATRÍA CIENTÍFICA

Y llegó el siglo XIX, destinado al acuerdo definitivo entre los científicos. La patología dejó de depender de teorías y doctrinas para constituir un paradigma del saber. La investigación fisiológica se hubo de basar en el razonamiento experimental, consistente en observar la realidad, elaborar la observación de forma racional y, finalmente, confirmar o rechazar mediante el experimento.

Philip Pinel agregó un nuevo ingrediente al tratamiento moral de la locura, la dulzura y la paciencia en los momentos de lucidez. La medicina del cerebro averiguó que éste no funciona como un todo, sino que sus divisiones se encargan de funciones específicas. Esto fue cosa de Flourens y, más tarde, de Paul Broca, pero, como no podía faltar la disidencia especulativa y folklórica, Franz Gall desarrolló una psicología de las facultades, que se llamó frenología, y que hizo furor entre los aficionados al esoterismo que trataban de localizar facultades mentales y morales en las protube-

rancias del cráneo. Según Gall, las facultades mentales se localizan en áreas específicas, lo que es cierto, y su desarrollo forma prominencias en las zonas craneanas correspondientes, lo cual es un error de gran tamaño. Además, la frenología no se limitó a localizar en el cerebro facultades intelectivas, sensoriales o motoras, sino morales, como la autoestima, la sensibilidad, el amor a los animales o la atracción por el vino. Algo así como lo que entretiene hoy día a nuestra sociedad, sólo que interpretando las líneas de la palma de la mano en lugar de las turberencias craneanas.



Afortunadamente, entre Broca, Golgi y Ramón y Cajal acabaron con la fea costumbre social de palpar el cráneo de las amistades en busca de tendencias y gustos similares o disidentes.

Y, también afortunadamente, se acabó la miseria de los grilletes para los enfermos mentales, porque entre Pinel, Conolly, Reil y otros, los liberaron de cadenas y cárceles y empezaron a aplicarles tratamientos psicológicos junto con los físicos, es decir, psicoterapia, dieta, medicación y cirugía. Claro que algunos médicos agregaron métodos pretendidamente terapéuticos del más refinado sadismo, como hierros al rojo, ortigas, baños con anguilas vivas para producir excitación nerviosa y otros inventos perversos.

El siglo XIX siguió buscando la frontera entre lo constitucional y lo psicógeno, porque todavía no se habían descubierto los neurotransmisores ni la genómica. Pero se inició la clasificación de las enfermedades siguiendo criterios evolutivos o fenomenológicos.

Los años finales del siglo XIX y primeros del XX están poblados de descubrimientos neurocientíficos. La psicología conoció una corriente introspeccionista, que analizaba la experiencia interior, y, su oponente, una corriente conductista que estudiaba la experiencia exterior de la observación objetiva.

En la Unión Soviética se consolidó la psicología objetiva y científica, que había intentado iniciar Sechenov en 1863, con la descripción de la base fisiológica de los procesos psíquicos. La censura de San Petersburgo había prohibido la difusión de su obra, pero el nuevo orden soviético trajo la filosofía marxista, que convirtió en catecismo la obra prohibida de Sechenov.

El materialismo dialéctico de Marx y Engels se enfrentó al conductismo “made in USA” para producir una psicología mucho más reduccionista, científica y objetiva, en que la conciencia es el reflejo de la existencia social. La materia orgánica, la inorgánica y el psiquismo son fenómenos de la misma energía mecánica. Más tarde, Luria llegaría a analizar las funciones corticales y sus alteraciones a través de la conducta.

Y, en el medio justo de todo este tinglado materialista, organicista y reduccionista, vino Freud a proclamar sus teorías de la libido, del complejo de castración, del Edipo, de la envidia del pene. Cuando todo se centraba en la observación objetiva, en el laboratorio, en la exploración de los mecanismos cerebrales que subyacen a los procesos mentales, Freud vino a hablar del inconsciente mágico, atemporal y primitivo. De cosas y conceptos que no cabían en un programa de observación objetiva ni en un estudio neurológico.

EL PSICOANÁLISIS

A finales del siglo XIX, además de la psiquiatría experimental y científica, existían disidentes románticos que aplicaban métodos de la época de Platón y Aristóteles. Charcot en París y Breuer en Viena habían retomado el gusto por el alma y por los mitos. Charcot había sucumbido al eterno femenino y organizaba verdaderos espectáculos en el hospital de la Salpêtrière experimentando en olor de multitudes con las muchas histéricas que acudían a recibir tratamiento. En cuanto a Breuer, utilizaba la hipnosis para descomprimir las emociones de sus pacientes, logrando aquella catarsis de que hablaron Platón y Aristóteles en su día.

Freud trabajó y estudió con ambos, pero su talento les superó a la hora de crear una nueva escuela psicológica, el Psicoanálisis, que se inició con estudios sobre la histeria y se expandió más tarde a todos los ámbitos de la psicología y de la psiquiatría.

Los esquemas psicoanalíticos del psiquismo humano

El concepto fundamental de la teoría psicoanalítica es el de la libido y su evolución. Libido viene de “liebe” que, en alemán, significa amor. La libido es, pues, la energía relacionada con todas las emociones

que abarca el amor en todos sus aspectos. No es solamente la energía sexual, sino la de todas las actividades instintivas que tienden hacia el placer.

La libido se desarrolla con el organismo humano, recorriendo diferentes localizaciones corporales en las distintas etapas de la evolución. Oral y anal en la niñez, cuando el placer se localiza en la boca y en el ano, y fálica o genital a partir de la adolescencia, cuando el placer se localiza en los genitales.

Desde el punto de vista psicoanalítico, el primer esquema del psiquismo humano tiene tres sistemas que corresponden a las tres cualidades de los procesos psíquicos: consciente, preconsciente e inconsciente.

Los procesos conscientes son todos aquellos de los que nos podemos dar cuenta en un momento dado. Correr hacia el autobús, dirigirse a una persona o jugar al ajedrez, son actos promovidos por procesos conscientes. Los contenidos conscientes se modifican constantemente, porque no es posible tener en la conciencia demasiadas cosas a la vez.

Los procesos preconscientes son aquellos de los que no nos damos cuenta pero que podemos hacer aflorar a la conciencia con mayor o menor dificultad. Un proceso preconsciente es el que inicia el acto de correr hacia el autobús cuando vemos que se va y corremos de forma instintiva.

En cuanto al inconsciente, el sistema más controvertido del esquema psicoanalítico, se caracteriza porque sus procesos dinámicos no alcanzan la conciencia. Un proceso inconsciente psicoanalítico típico es el odio reprimido hacia una persona a quien se debería amar, por ejemplo, el padre o la pareja. No se conciencia porque supondría una carga de angustia insoportable.

El tan traído y llevado inconsciente psicoanalítico

Pero el inconsciente freudiano es mucho más que eso. Los contenidos del inconsciente freudiano son a veces pujantes e intensos, aunque no consiguen aflorar a la conciencia, porque están rodeados por una muralla de barreras que los inmovilizan. Por eso perduran durante toda la vida, a menos que alguna causa consiga echar abajo la muralla defensiva, ladrillo a ladrillo, y deje aflorar el contenido a la esfera consciente. Esto es lo que se llama “pelar la cebolla,” ir eliminando las

barreras que rodean el proceso traumático archivado en el inconsciente desde tiempo atrás. Ese contenido no está olvidado, sino reprimido, que no es lo mismo, porque lo olvidado se puede recordar con un esfuerzo de la voluntad, mientras que lo reprimido está fortificado entre mecanismos inconscientes de defensa, que no le permiten salir a la superficie porque su salida supondría una intensa angustia para la persona.

El inconsciente tiene una serie de características:

- En él pueden coexistir tendencias y emociones opuestas. Es el motivo de la ambivalencia afectiva que a veces sentimos hacia una persona, amada y odiada a un mismo tiempo.
- Es atemporal. Los contenidos se mantienen activos en el inconsciente hasta que afloran a la conciencia y se someten al tiempo. Una situación traumática vivida en la niñez puede quedar reprimida en el inconsciente toda la vida y, si llega a salir a la superficie, sale con la misma fuerza emotiva que tuvo en su momento.
- Es concreto. En él no cabe la abstracción que es una categoría, como el tiempo, del consciente. El inconsciente no entiende un concepto como “la muerte”, sino que ha de referirlo a la muerte de alguien en concreto.
- Es primitivo. Representa las tendencias humanas más elementales y apegadas a la biología. Se expresa de forma total, en él no caben los grados. La antipatía consciente resulta odio en el inconsciente. Y odiar significa desear la muerte.
- Es mágico. Funciona por analogía o por contacto. Las cosas similares o que han estado unidas, tienen las mismas propiedades. Es la base del vudú, que supone la posibilidad de herir a una persona hiriendo a un muñeco que guarde cierto parecido con ella (analogía) o que se haya formado con algún objeto de ella, por ejemplo, cabellos (contacto).

El auriga y los caballos

El segundo esquema de la personalidad psicoanalítica recuerda el mito de Platón del auriga y los caballos. El auriga conduce el carro con mano firme para que los dos caballos que lo arrastran vayan por el camino adecuado. Uno de los caballos es discolo y trata solamente de hacer su voluntad. El otro está

excesivamente educado y no se desvía un ápice del camino trazado. El auriga debe contrarrestar las tendencias de ambos, controlando a uno y flexibilizando al otro.

Así, la mente humana está estructurada en tres instancias:

- El ello. Son los impulsos instintivos. En él rige el principio del placer, porque siempre tiende a conseguir placer. Si no lo obtiene, se frustra.
- El superyó. Es el aprendizaje de las normas sociales. En él rige el principio de la autoridad, porque siempre tiende a cumplir las normas. Si no las cumple, se siente culpable.
- El yo. Es el control lógico de la mente. En él rige el principio de la realidad, porque siempre tiende a separar lo real de lo ficticio. Si no lo logra, sobreviene la neurosis o la psicosis.

La escuela psicoanalítica establece también una clasificación de los instintos según dos cualidades básicas:

- La autodestructividad. Es el instinto de muerte, Tanatos. Persigue la destrucción de uno mismo o, si sale al exterior, la destrucción de los demás. Es la agresividad. Su fin es destruir.
- La libido. Es el instinto amoroso, la sexualidad, Eros. Persigue el placer. Su fin es crear, unir.

Los complejos

Todo lo anterior es, más o menos, la teoría psicoanalítica. Luego está la lista de conflictos en que el Psicoanálisis basa la mayoría de las neurosis y que hicieron bastante ruido en su momento: el complejo de Edipo, el complejo de castración, la envidia del pene y otros conceptos psicoanalíticos de índole similar. Todos giran en torno a la libido, a su fijación o carencia en una etapa específica del desarrollo o a situaciones traumáticas relacionadas con la libido, llamémosle amor o sexo.

Antes de abordar la integración de los conceptos psicoanalíticos con los descubrimientos de las neurociencias, hay que hacer una salvedad. Los complejos y conflictos psicoanalíticos no tienen soporte fisiológico ni neurológico alguno, al menos que yo sepa, y solamente se pueden justificar por el período en el que Freud vivió y desarrolló su teoría. Es evidente que sus investigaciones le llevaron a postular estos principios y

que los citados conflictos eran los que sufrían sus pacientes. Pero no olvidemos que el Psicoanálisis nació en 1895 y que se desarrolló a principios del siglo XX, en plena época victoriana, cuando la represión de la sexualidad era el pan nuestro de cada día.



Los instintos que se reprimen causan conflictos y dan lugar a las neurosis. Eso no hace falta que lo diga el Psicoanálisis. Todos lo sabemos.

Por tanto, dejaremos de lado los famosos complejos freudianos para centrarnos en las estructuras metafísicas de la mente, sobre todo, el inconsciente y sus cualidades.

LAS NEUROCIENCIAS

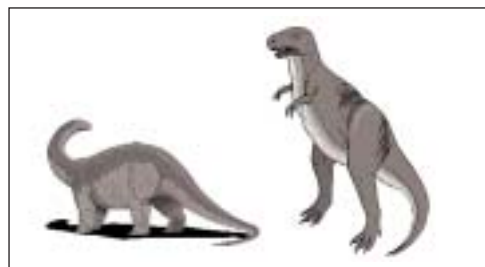
Las neurociencias del siglo XX acabaron con las especulaciones de tantos siglos al descubrir, en gran parte, las funciones del sistema nervioso. El cerebro dejó de ser un enigma y los procesos psíquicos, antes llamados morales, encontraron, por fin, su asiento bioquímico definitivo. Con el tiempo, aprendimos que los responsables de nuestras reacciones, emociones, sentimientos y motivaciones son estructuras nerviosas que transmiten y reciben órdenes a través de pequeñísimas partículas de sustancias químicas llamadas neurotransmisores. Supimos también que nuestro ADN contiene un programa bastante completo de lo que ha de ser nuestra vida biológica e, incluso, psicológica. Menos mal que nos queda la creatividad, aunque parece que hay también algún marcador genético que la determina.

Los antepasados de Adán y Eva

Los paleontólogos descubrieron también que Adán y Eva tuvieron antepasados. Estos descubrimientos siguieron a la segunda puñalada asestada al egocentrismo humano, la teoría de la evolución de Darwin, que, aunque tuvo numerosos detractores y probablemente los siga teniendo, hoy es fundamental para la antropología.

Los antepasados de Adán y Eva fueron, aunque cueste reconocerlo, unos curiosos bichos que vivieron hace más de cien millones de años: los terápsidos, unos reptiles evolucionados que tenían características

tanto de reptil como de mamífero. Una especie de reptiles mamíferos que mantenían las antiguas estructuras cerebrales de los reptiles, las que gobiernan los impulsos instintivos para huir, atacar, comer y reproducirse, pero que habían recibido de la evolución nuevas estructuras cerebrales más sofisticadas.



Sus respuestas emocionales debían ser, desde luego, básicas, primitivas y feroces, porque, en aquella época, el mundo estaba dominado por los grandes dinosaurios y no debía de haber otra solución que matar para sobrevivir.

Unos veinticinco millones de años más tarde, los verdaderos mamíferos evolucionaron a partir de los terápsidos y la evolución agregó a su cerebro una nueva corteza, el neocórtex, que les permitió una conducta más sofisticada, algo así como agregar una serie de conductas aprendidas al bagaje de conductas innatas con que los animales vienen al mundo.

Con el tiempo, el cerebro de los mamíferos siguió evolucionando, agregando estructuras nuevas cada vez más sofisticadas y enterrando en lo más profundo de sus pliegues las antiguas estructuras heredadas del reptil mamífero que luchó contra los dinosaurios.

Pues ése es el cerebro que hemos heredado, al menos, eso dicen muchos paleontólogos, antropólogos y neurocientíficos.

Es posible que, antes de comer la fruta del árbol del bien y del mal, Adán y Eva tuviesen los tres niveles cerebrales evolutivos que señaló Mac Lean:

- El cerebro del reptil.
- El cerebro del mamífero primario.
- El cerebro del mamífero evolucionado.

Lo que sí está claro es que, después de comer el fruto prohibido, Adán y Eva recibieron nuevas adquisiciones dentro del neocórtex, del que bien pudo surgir la conciencia.

Así, pues, seguimos manteniendo estructuras cerebrales procedentes del terápido, que alojan en el diencéfalo, en los ganglios basales y en las partes más rudimentarias del sistema límbico una serie de programas instintivos destinados a la conservación de la integridad del organismo y a la perpetuidad de la especie, es decir, los impulsos instintivos de agresividad y sexualidad. La destructividad y la libido freudianas.

El sistema límbico está formado por el hipotálamo, el hipocampo y la amígdala, la estructura responsable de nuestras reacciones emocionales, que desempeña un papel muy importante en nuestros sentimientos de odio, amor, ira, temor y alegría. La amígdala se ocupa de poner en marcha las respuestas a las situaciones, antes de que llegemos a darnos cuenta. Es la encargada de seleccionar una respuesta preconsciente de entre las numerosas conductas innatas con que venimos al mundo. Por ejemplo, ante un estruendo súbito, antes de que llegemos a tomar conciencia de lo que hacemos, hemos respondido con una de estas conductas: correr, tirarnos al suelo, agacharnos, quedarnos petrificados, encogernos o gritar.

Todo esto viene a decir que las neurociencias han localizado las funciones del cerebro intelectual, pero también las del cerebro emocional.

Los impulsos instintivos

Lo único que interesa a la naturaleza es la supervivencia y la reproducción. Por eso, todas las conductas innatas con las que dota a los seres vivos están encaminadas a salvaguardar su integridad, es decir, a su supervivencia, y a salvaguardar la continuidad de la especie, es decir, a su reproducción.

Y, por eso, los instintos básicos que la naturaleza instala en el organismo vivo son inapelables: la agresividad y la sexualidad. Tanatos y Eros, como les llamó Freud.

Y, también por eso, las estructuras cerebrales que heredamos de nuestro antepasado, el terápido, guardan conductas instintivas programadas para ponernos a salvo y para poner a salvo la continuidad de la especie humana.

El cerebro heredado del reptil investiga todas las situaciones en que nos encontramos, para comprobar si existe algún peligro para nuestra integridad o para nuestra reproducción. Si percibe una amenaza, aunque

no sea real, como un bulto en la oscuridad, reacciona y toma medidas para la defensa, mediante las dos respuestas que se pueden dar ante la agresión: la huida o el ataque. Es probable que posteriormente nos demos cuenta de que ese bulto en la oscuridad no era más que un arbusto o un paquete abandonado, y no el peligro amenazante que nuestro cerebro primitivo percibió. Entonces abandonaremos conscientemente la actitud de huida o de lucha, pero estas actitudes se habrán producido de forma instintiva e inconsciente.

El inconsciente y el consciente

Dice Antonio Damasio que la amígdala se comporta como una unidad de mando, de la que parten las órdenes para las respuestas innatas, ya sean corporales, hormonales o autónomas. La



amígdala da lugar a diferentes respuestas mediante sus proyecciones con las demás estructuras. Si percibe un peligro, conecta con los centros motores de los nervios para hacernos dar un salto atrás; conecta con el hipotálamo para que éste ordene al sistema autónomo acelerar el ritmo cardíaco; si la respuesta ha de ser de huida, conecta con el hipotálamo para que éste ordene al sistema endocrino que ponga en marcha las hormonas necesarias para huir, produciéndose la palidez del miedo al haber un mayor aporte de sangre a los miembros inferiores, que nos permitirán correr a toda velocidad; si la respuesta es de ataque, se producirá el enrojecimiento de la ira, al haber un mayor aporte de sangre a los miembros superiores y el busto, que nos permitirán enfrentarnos a garrotazos con el peligro percibido.

Todos estos procesos se llevan a cabo sin que los impulsos de entrada y de salida lleguen a la conciencia. Son cambios inconscientes que componen la conducta agresiva y de los que ni siquiera nos damos cuenta.

Antes o después, el proceso alcanza nuestra corteza prefrontal, que recibe información de la corteza visual. Es decir, nos damos cuenta de que lo que hemos visto es una rama de árbol caída, que parecía una serpiente peligrosa. También puede recibir información de la corteza auditiva y darnos cuenta de que el bulto amenazador que apareció en la oscuridad nos llama por nuestro nombre con una voz conocida.

En ese momento es la corteza prefrontal la que toma las riendas de la actividad ordenada por la amígdala y entonces podemos decidir inhibir la acción iniciada, no echar a correr y deponer las armas.

Nuestro cerebro está edificado de manera que solamente llegamos a tener conciencia de forma indirecta de los procesos que se producen en la zona cerebral más antigua, la heredada del reptil mamífero. No es posible captar directamente sus procesos, porque, como muchos otros sistemas cerebrales, estas estructuras operan en paralelo con el sistema que genera nuestra conciencia, pero utilizando una red neuronal diferente. Solamente podemos llegar a saber lo que allí sucede a través de las emociones que llegan a la conciencia. Así dice Rhawn Joseph que muchos de los procesos que se producen en el sistema límbico no son captados por las estructuras cerebrales más modernas y viceversa.

Las estructuras cerebrales más modernas, las más alejadas del cerebro heredado del reptil mamífero, tienen escasas pautas de conducta instintivas, pero, a cambio, tienen una enorme capacidad de creación, de organización y dos habilidades con las que no cuenta ningún otro animal: el lenguaje complejo y la conciencia.

Aunque los estudiosos siguen debatiendo si hemos heredado la conciencia de los Cro-Magnon o si la de ellos era distinta a la nuestra, aunque algunos todavía discuten si la conciencia y el lenguaje complejo fueron adquisiciones culturales o características innatas controladas por la genética, lo que sí sabemos es que, hace aproximadamente un millón y medio de años que la parte delantera del cerebro humano, lo que conocemos como los lóbulos frontales, aumentó considerablemente de tamaño y que en ella radica nuestra diferencia con las demás especies, porque esa zona tan desarrollada en el ser humano es la única parte de la corteza cerebral que no tiene nada que ver con las conductas innatas y automáticas, sino que se relaciona con tareas exclusivamente humanas, como la reflexión y la toma de conciencia de las emociones, lo que llamamos sentimientos. Con la toma de conciencia y con su control y modulación, puesto que los lóbulos frontales son capaces de inhibir o potenciar las respuestas emocionales según el pensamiento lógico.

Los lóbulos frontales y sus estructuras avanzadas, como la corteza prefrontal, que contiene la corteza asociativa prefrontal y la corteza orbitofrontal, son los responsables de esa habilidad para procesar la información afectiva que conocemos como inteligencia emocional.

El ello, el yo y el superyó

Rush Dozier llama al sistema límbico y a las áreas cerebrales más antiguas sistema nervioso primitivo, mientras que llama sistema nervioso avanzado al neocórtex y a las estructuras más modernas. Esta nomenclatura nos puede facilitar la comprensión de algunas de las respectivas funciones y características.

Hemos dicho que el sistema límbico está programado para salvaguardar la supervivencia y la reproducción. La amígdala y las estructuras relativas son las encargadas de detectar el peligro (un toro suelto) y la posibilidad de defenderse (correr o hacerle frente).

La mente primitiva aloja nuestros deseos y temores primarios, junto con las conductas instintivas encaminadas a lograr el objetivo primordial de la naturaleza: nuestra supervivencia y nuestra reproducción.

El sistema nervioso primitivo es el ello freudiano. En él no caben sentimientos de empatía hacia los demás ni control de los impulsos agresivos o sexuales. El control y la empatía se sitúan en el sistema nervioso avanzado; por eso, cuando éste falla, se produce la agresión incontrolada, el homicidio impulsivo o el asesinato masivo. ⁽¹⁾

Los lóbulos frontales, con la corteza prefrontal, actúan como inhibidores masivos del cerebro heredado del reptil, controlando o modificando sus impulsos primitivos. Son el yo freudiano. Y el superyó, porque son capaces de transformar la ira visceral que surge de la amígdala en ofensa o incluso en perdón. El superyó se compone de conductas aprendidas, de la norma social introyectada en la niñez. La inhibición o control de los impulsos instintivos es una conducta aprendida que se desarrolla con la maduración de los lóbulos frontales. Por eso, las respuestas de los niños y adolescentes son mucho más impulsivas y descontroladas, ya que sus lóbulos frontales aún no han madurado y responden con las estructuras cerebrales más antiguas.

La corteza prefrontal y la corteza orbitofrontal nos proporcionan la capacidad de sentir empatía y de prever las necesidades futuras, no solamente las nuestras, sino las de los demás. Cuando falla el control de la corteza orbitofrontal, desaparece la capacidad para establecer empatía con otras personas, es decir, de ponernos en su lugar y de sentir lo que ellas sentirían. La falta de empatía es un distintivo del odio genocida, porque es capaz de deshumanizar a los demás. La corteza prefrontal de los homicidas impulsivos que matan

⁽¹⁾ Rush Dozier. Por qué odiamos. Mc Graw-Hill

sin poder controlar su impulso presenta, según las investigaciones, muy baja actividad.

La corteza prefrontal es capaz de inhibir conscientemente el impulso agresivo de la amígdala. Es el control que ejerce el yo. La amígdala también puede inhibir su propio impulso, pero de forma inconsciente. Es la represión inconsciente de los impulsos.

La corteza orbitofrontal es una de las zonas más sofisticadas del sistema nervioso avanzado y sirve de puente entre las áreas más evolucionadas del neocórtex y los centros emocionales más primitivos, aquellos heredados del reptil mamífero que la evolución ha ido enterrando durante siglos en las profundidades del cerebro.

La corteza orbitofrontal parece también desempeñar un papel importante a la hora de desviar la respuesta de ataque de la amígdala hacia el interior. Es, por tanto, responsable de la autodestructividad. La autoagresión se presenta cuando falla el control de la corteza orbitofrontal, porque en ella tiene lugar la formación del autoconcepto y de la autoestima. La falta de autoestima conduce a la autodestrucción. Las lesiones en la corteza orbitofrontal impiden al enfermo imaginar las emociones que sentirían los demás, es decir, la empatía, y también sus propias emociones ante una actuación inconveniente. Por ejemplo, una persona que sufra esa carencia puede jugarse a una carta todo cuanto tiene sin sentir la menor emoción.

Para resumir, podríamos decir que el sistema nervioso primitivo está concebido para responder inmediatamente a las amenazas o a las posibilidades de defensa, entendiéndose por amenaza el peligro para la subsistencia o para la reproducción y posibilidades de defensa, las oportunidades de mejorar una y otra. Su modelo del mundo es, pues, limitado y ceñido a la biología. El sistema nervioso avanzado tiene un potencial ilimitado de conceptos y sistemas de valores complejos, teniendo la posibilidad de elegir pensamientos complicados situados a la distancia deseada. Su modelo del mundo es la base de la conciencia.

Ambos sistemas compiten por el control de las emociones y las reacciones. Cada sistema puede dominar al otro según la educación recibida y el punto de maduración neurológica. Si algo nos produce ira, podemos responder con un ataque impulsivo, que es el ello, el caballo díscolo de Platón o dejar el control al yo, el auriga de Platón, es decir, a la corteza orbitofrontal que hace de puente entre ambos sistemas, para que

la respuesta proceda de la corteza prefrontal, es decir, del superyó, el caballo educado de Platón.

Las características del inconsciente

Habíamos quedado en que el inconsciente freudiano es ambivalente, atemporal, concreto, primitivo y mágico.

Sabemos que la arquitectura del sistema límbico es más primitiva que las áreas más evolucionadas de la corteza cerebral y, por eso, sus productos intelectivos son bastante diferentes: ⁽²⁾

1. Las áreas del sistema límbico que dependen de la amígdala carecen de la capacidad de formar conceptos abstractos y solamente pueden formar estereotipos y generalizaciones. Por eso, quien tenga fobia a las serpientes se asustará aunque vea claramente que la serpiente que tiene delante es inofensiva o, incluso, que está muerta, porque el temor a la serpiente no es un miedo lógico procedente del sistema nervioso avanzado, sino un miedo preparado ancestralmente por la naturaleza para protegernos del peligro de las serpientes y la respuesta ante tal estímulo depende del sistema nervioso primitivo. El pensamiento lógico, consciente, es capaz de distinguir a una serpiente inofensiva o muerta de otra peligrosa, pero el sistema nervioso primitivo generaliza la respuesta a todas las serpientes y las teme a todas sin distinción.

Este pensamiento generalista es una característica del cerebro primitivo, capaz de generalizar una cualidad a toda una categoría. Si, por ejemplo, un gitano nos roba un objeto, el pensamiento generalista tenderá a extender esa característica a todos los gitanos que nos encontremos y tendremos que recurrir al pensamiento lógico consciente para eliminar la sospecha instintiva ante todos los gitanos.

Esto se debe a que el sistema límbico agrupa a los demás seres humanos en grandes categorías, en función de sus similitudes. Todos los gitanos, todos los judíos, todos los vecinos de Villarejo de Arriba o todos los catalanes son esto y aquello. Esto y aquello dependen de una experiencia vivida o aprendida de otros, que nos han inculcado un valor cultural.

2. El sistema nervioso primitivo es binario. Solamente es capaz de clasificar los hechos, las per-

⁽²⁾ Rush Dozier. Por qué odiamos. Mc Graw-Hill

sonas o los objetos de forma binaria. Son buenos o malos, amigos o enemigos, nos gustan o nos disgustan. Dada su antigüedad, es posible que estas estructuras heredadas del reptil mamífero o de los primeros homínidos tuvieran su función en aquellos tiempos en que no cabían las medias tintas, porque una confusión podía poner la vida en peligro.



Hoy no necesitamos esa clasificación binaria, porque las cosas han cambiado y, por eso, nuestro sistema nervioso avanzado se esfuerza por hacernos comprender que hay grados de amistad, de bondad y de agrado.

Como el sistema nervioso primitivo clasifica de esa forma binaria, a su modo de entender, los amigos son dignos de amor y los enemigos son dignos de odio. Lo que nos gusta es totalmente placentero y lo que nos disgusta es totalmente aborrecible. Si algo nos gusta, el sistema nervioso primitivo interpreta que es positivo para nuestros objetivos primordiales, es decir, contribuye a nuestra integridad o a nuestra reproducción. Pero si algo no nos gusta o alguien no es nuestro amigo, entonces es una amenaza para nuestra integridad o nuestra reproducción y hay que destruirlo antes de que nos destruya.

En esta clasificación, junto con el pensamiento generalista, se puede encontrar la base del racismo y de la xenofobia. Todos los gitanos, todos los judíos, todos los musulmanes, todos los militares, todos los chinos, todos los madrileños entran en las grandes categorías. Si un inmigrante se porta mal, todos los inmigrantes son malos, son enemigos y hay que destruirlos.

3. El amor y el odio se generan en el sistema nervioso primitivo. Por eso son ciegos y no se pueden controlar con la lógica. La lógica puede controlar las acciones que se derivan de esos sentimientos, pero no puede eliminarlos. No es posible dejar de amar o dejar de odiar a alguien por un acto de voluntad consciente. El amor y el odio conviven en el sistema nervioso primitivo, porque el amor es un vínculo que genera tensiones, que coarta la libertad, que produce dependencia y que, muchas veces, frustra. Las frustraciones del amor engendran el odio que el sistema nervioso avanzado trata de modular para convertirlo en enfado o en

disgusto. Pero, dentro del cerebro del reptil, el amor y el odio cohabitan y producen muchas veces sentimientos ambivalentes.

4. El pensamiento asociativo es también una característica del cerebro primitivo, que vincula en el espacio y en el tiempo objetos, fenómenos o situaciones que solamente tienen una vinculación casual. La amígdala y el hipocampo se encargan de tomar una instantánea de un suceso. Por ejemplo, perdemos un objeto valioso después de romper un espejo. La ruptura del espejo y la pérdida del objeto no tienen más relación que la casualidad de coincidir en el tiempo, pero el sistema nervioso primitivo se queda con la instantánea y enseguida tenemos la confirmación mágica de que un espejo roto trae mala suerte. Un espejo roto, un gato negro, un martes 13 o cualquier fenómeno vinculado a la superstición, se basa en este proceso. También el caso contrario, el de la suerte relacionada con un objeto o un fenómeno, tiene aquí su fundamento. La necesidad de controlar un suceso futuro puede establecer un vínculo causal entre, por ejemplo, un examen, y un escapulario.

Esta característica del pensamiento asociativo es la base de las supersticiones y de los tabúes, así como de muchas fobias.

5. Otra de las características del cerebro primitivo es el pensamiento fijado en el presente o en el pasado. Las respuestas de la amígdala son altamente resistentes al cambio. Si ha reaccionado en el pasado con temor ante una situación, seguirá reaccionando siempre de la misma manera ante una situación semejante. Si alguien se lleva un susto al pasar por un lugar determinado, sentirá temor la siguiente vez que pase por el mismo lugar, aunque no existan razones objetivas para ello. Será preciso someter al tiempo y a la lógica la emoción, para que el temor desaparezca, es decir, llevar la reacción al sistema nervioso avanzado, a la conciencia.

Ambivalente, atemporal, concreto, primitivo y mágico. Así es el sistema nervioso primitivo. Así es el inconsciente freudiano.

La libido

Todas las partes del cuerpo tienen una representación en el cerebro, es decir, el cerebro dedica un grupo

de neuronas más o menos amplio a cada parte del cuerpo, tanto a su sensibilidad como a su motricidad. La corteza cerebral dedicada a las sensaciones del cuerpo se llama corteza sensorial y, la dedicada al movimiento, corteza motora.

Hacia 1950, Penfield y Rasmussen demostraron la existencia de un mapa cerebral que representaba el cuerpo en la corteza cerebral y que se conoce como Homúnculo de Penfield, porque es como un hombre pequeñito dentro de la cabeza. El mapa se obtiene por estimulación eléctrica directa.



Pero no todas las zonas corporales tienen destinada la misma porción de corteza cerebral ni siquiera en función de su tamaño. El tamaño de la zona cortical depende de la especificidad de la zona corporal correspondiente. Así, en el mapa cerebral, la cara es mucho más grande que el resto del cuerpo y, dentro de la cara, los labios son bastante más grandes que el resto. La mano tiene una zona mucho más grande que el brazo y, dentro de la mano, el dedo pulgar es mayor que los otros.

Esto se debe a que las zonas representadas más grandes necesitan más espacio en la corteza, con células más específicas, porque sus funciones son mucho más finas y precisas que las partes de representación más pequeña. Es obvio que nuestra mano tiene mayor sensibilidad y mayor capacidad de movimiento que nuestro brazo y, dentro de la mano, el pulgar se lleva la palma.

La asignación del tamaño cerebral a cada parte del cuerpo no es caprichosa, sino que está en función de su importancia para el logro de los dos objetivos primordiales de la naturaleza: la supervivencia y la reproducción.

Pues bien, la parte de la corteza sensorial que la naturaleza reserva a los genitales humanos es muy grande, más grande que las destinadas al pecho, al abdomen o a la espalda.

Pero, en el ser humano, el sexo no es solamente sexo, sino también amor, placer, es decir, libido. La conducta sexual humana es diferente de la animal porque es independiente de los ciclos de reproducción de la hembra. Los animales no se aparean a menos que la hembra esté en celo. Además, la conducta sexual humana se ejerce en privado.

El sexo invade muchas de nuestras conductas, no sólo a juzgar por el espacio que tiene reservado en la corteza cerebral, sino por la función que desempeña en todas las culturas. Pero la importancia del sexo para el ser humano no solamente tiene que ver con la continuidad de su especie, sino también con su capacidad de organización y con sus posibilidades de supervivencia.

Los otros animales tienen crías que se independizan a corto plazo y no suponen más carga que la necesidad de amamantarlas y defenderlas un corto período de tiempo. La prole humana es dependiente durante un período excesivamente largo, tanto que es posible que los primeros *homo sapiens* tuvieran que establecer entre hombres y mujeres lazos más duraderos que los del sexo, porque el cuidado de la prole requería permanecer unidos durante largo tiempo.

Así pues, tener hijos supone un compromiso a muy largo plazo, de manera que el vínculo sexual se transforma en amor y puede que sea el que ha generado esa necesidad de espacio en la corteza sensorial. Más o menos, el espacio de la libido freudiana.

UN COMENTARIO

Parece ser que el mismo Freud fracasó totalmente cuando intentó realizar un estudio que demostrase la localización de los procesos psíquicos en las células nerviosas del cerebro. Pero lo intentó. Es decir, no se conformó con elaborar una teoría psicológica puramente metafísica. No olvidemos que Freud era neurólogo. Su "Proyecto de una psicología para neurólogos" contiene una tercera parte titulada "Intento de representar los procesos normales" que es un ensayo de integración.

Antes que él lo había logrado Sechenov en Rusia, pero era la Rusia anterior a la Revolución de Octubre, y la censura le impidió publicar sus hallazgos.

Cualquier día leeremos que el recorrido de la libido en la evolución del hombre aparece codificado en un marcador genético, igual que en 2001 conocimos la evidencia neurofisiológica de las percepciones inconscientes, es decir, la existencia de respuestas a estímulos no concientes. Las percepciones inconscientes habían sido materia de debate en el XVII, porque ya Leibniz se había atrevido a mencionarlas en plena transición entre la Revolución Científica y la Ilustración.

Claro, que la evidencia neurofisiológica conseguida en el laboratorio se refiere a imágenes, pero ya se estudia la posibilidad de extenderla a otro tipo de información sensorial. Por ahora, conocemos los nombres y los apellidos de los circuitos nerviosos implicados en los procesos conscientes e inconscientes, así como las dis-

tintas inscripciones mnésicas de las emociones y de las palabras. Y hay mucha gente trabajando para conseguir esquemas integradores.

Pronto tendremos un nuevo mapa cerebral como el de los frenólogos, pero con fundamento.